

En boca del Canónigo de Toledo pone Cervantes su juicio sobre los libros de caballerías, y lo concluye y resume diciendo que «son en el estilo, duros; en las »hazañas, increíbles; en los amores, lascivos; en las »cortesías, mal mirados; largos en las batallas, necios »en las razones, disparatados en los viajes, y, final- »mente, ajenos de todo discreto artificio, y por esto »dignos de ser desterrados de la república cristiana »como gente inútil.»

Cierto que la literatura caballescá, no sólo en su parte sana, sino en la más inficionada de los vicios del género, tiene, sin embargo, ahora grande interés histórico por ser imagen de la sociedad en que nació, y cuyos sentimientos é ideas descubre. También en esta razón la literatura de nuestra época lo tendrá para la posteridad; la cual si se saborea con partos medrados de esclarecidos ingenios que de aquélla son honra y esplendor, apartará la vista de los monstruosos engendros que en el libro, en el periódico y en el teatro abortan frecuentemente las malas pasiones que nos avillanan, combaten y consumen; y aun arrojaría con desprecio é indignación, si vida tuvieran para llegar hasta ella, algunos que dan á luz el lápiz y la pluma, unidos en mal concertado maridaje, para la befa, la difamación, el insulto, la impiedad y el escándalo; para aseverar lo falso, desmentir lo verdadero, alimentar suspicacias, infundir odios, romper todo vínculo de respeto y escarnecer lo más sagrado. De esta literatura, si tal nombre merece la callejera, por la mayor parte, que hoy está en boga, quedará apenas una triste memoria, como del huracán que acaso devastó un reino; mas de la otra, que, si bien descarriada y pervertida, casi prevalece sobre la sesuda, noble y ganosa del mejoramiento, prosperidad y gloria de los pueblos, vivirán todavía algunas obras, aunque en siniestro horóscopo nacidas; y memoria y obras retratarán también nuestra sociedad, y serán materia de

estudio histórico para las generaciones venideras, con el cual conocerán un carácter, por desgracia harto sobresaliente, de nuestro estado psicológico, como el de los coetáneos del Hidalgo manchego comprendemos mejor ahora por los libros de caballerías.

Tal es el aspecto en que cumple á mi propósito considerarlos: no para avalorar su mérito literario, sino para poner en evidencia los daños que ocasionaron, más que á las costumbres, á los entendimientos.

Fuera de esto, si á los simulacros de galantería de los susodichos torneos Ticknor llama con razón locura, locura confirmada era también el afán de los cultivadores de este género literario, que bebían la inspiración en la malsana fuente de aquellos hechos y de las costumbres que los producían.

¡Locos! Ni ellos fueran tantos, ni su locura tan vehementemente, si no la aguijonearan otros locos con sus aplausos. Muchas gentes, las más, no sólo en España sino también fuera de ella, leían con indecible deleite las historias caballerescas, loábanlas con los mayores extremos, y daban crédito á sus patrañas y disparates como á verdades no ofuscadas siquiera por la más leve duda, y hechos cuya maravillosidad no empecía su certeza.

El asenso se lo negarían sin duda las personas más ilustradas, pero aun éstas sentían el placer de tal lectura. Juan de Valdés, con ser gran humanista, escritor de buen gusto, de recto criterio, y aun, al parecer, sujeto de no escasa importancia y representación política, cayó también muy á su gusto en el vicio general, según lo declara en aquel curioso libro dialogado que todo erudito estima por la doctrina que contiene, y más por la difícil sencillez de estilo y exquisita pureza de lenguaje con que la explica. Después de mencionar varios libros de caballerías, escribe: « los cuales, demás de ser » mentirosísimos, son tan mal compuestos, así por de » cir las mentiras tan desvergonzadas, como por tener

» el estilo desbarazado, que no hay buen estómago que
» lo pueda leer..... Diez años, los mejores de mi vida,
» que gasté en palacios y cortes, no me empleé en ejer-
» cicio más virtuoso que en leer estas mentiras, en las
» cuales tomaba tanto sabor, que me comía las manos
» tras ellas; y mirad qué cosa es tener el gusto estraga-
» do, que si tomaba un libro en la mano de los roman-
» zados en latín, que son de historia verdaderos, ó á lo
» menos que son tenidos por tales, no podía acabar
» conmigo de leerlos.» *

« Tal popularidad, dice Ticknor, debe quizá ser mirada
» como un resultado natural, en un país donde las insti-
» tuciones y sentimientos caballerescos estaban tan arrai-
» gados como en España; porque la Península, cuando
» apareció por la primera vez en ella esta clase de libros,
» había sido durante mucho tiempo el suelo privilegiado
» de la caballería..... Este estado social fué resultado na-
» tural del extraordinario desarrollo que las instituciones
» caballerescas recibieron en España: una parte era pro-
» pia de aquella edad y de aquellos tiempos, y puede en
» cierto modo ser considerada como útil y hasta conve-
» niente; otra no era más que la caballería andante per-
» sonificada, con todas sus extravagancias y delirios.
» Pero cuando la imaginación de las gentes llegó á ex-
» citarse hasta el punto de comprender y considerar
» como reales y positivas instituciones y costumbres de
» tal naturaleza, no podía menos de recrearse con la
» pintura atrevida y libre de una sociedad como la que
» se representaba en aquellas ficciones monstruosas.» **

La afición del vulgo á esta literatura está donosa-
mente declarada en la plática del ventero, su hija y
Maritornes con el Cura y el Barbero. Las palabras de

* *Diálogo de la Lengua.*

** M. G. TICKNOR, *Historia de la literatura española, traduci-
da al castellano, con adiciones y notas críticas, por D. Pascual
de Gayangos, individuo de la Real Academia de la Historia, y
D. Enrique de Vedia; Madrid, 1851, tomo I, págs. 261 y 263.*

Palomeque, en particular, son uno como documento fehaciente del crédito que aquellos *libros de devaneos é mentiras probadas*, á dicho de Pero López de Ayala, alcanzaban sobre las historias verdaderas. Alegan, además, la razón, aceptable hasta cierto punto en el estado político de entonces, sobre la cual se afianzaba la credulidad de los lectores; sin que para poner coto á aquel daño ni desatar este argumento valieran las impugnaciones de los sabios, ni las censuras de los piadosos, ni las leyes prohibitivas, ni las supremas del buen gusto y del sentido común, que aquel género literario, por su fealdad, ridiculez y peligro, anatematizaban. Concluyó el Cura diciendo y jurando que nunca hubo Felixmarte de Hircania, ni Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes, pues realmente nunca los tales fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron. ¡Ya, ya! oigamos la respuesta de Palomeque: *A otro perro con ese hueso. ¡Como si yo no supiese cuántas son cinco, y adónde me aprieta el zapato! No piense vuestra merced darme papilla; porque, por Dios, que no soy nada bobo. ¡Bueno es que quiera darme vuestra merced á entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habían de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encantamientos, que quitan el juicio!* Si alguno opusiere que estas palabras son una delicada sátira, muy oportunamente introducida aquí por Cervantes, yo, que por tal la tengo también, replicaré, sin embargo, que la sacó de la obcecación del vulgo de entonces, de un hecho positivo, como se sacan todas, y éste es el que cumple á mi intento manifestar en prueba de la general preocupación de aquel tiempo. Con razones semejantes quiso en otra ocasión Don Quijote rebatir las del Canónigo: *¡Bueno está eso! Los libros que están impresos con*

licencia de los Reyes, y con aprobación de aquellos á quien se remitieron, y que con gusto general son leídos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente, de todo género de persona, de cualquier estado y condición que sean, ¿habían de ser mentira, y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas, punto por punto, y día por día, que el tal caballero hizo ó tales caballeros hicieron? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame; que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto..... lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condición, si acaso la tiene mala.

Las dos respuestas convienen con un fenómeno psicológico, frecuente y muy digno de consideración, aunque inexplicable en lo que tiene de frenopático. Un cuerdo y un loco concuerdan en una sensación ó en un concepto, pero discuerdan en su juicio sobre la una ó el otro, ó en los actos á que su respectivo juicio los lleva. Dos ejemplos.— Un sujeto, que padecía la alucinación de que, entre noche, personas malévolas le molestaban en el aposento en que dormía, á pesar de tener buen cuidado de cerrarlo antes de acostarse; si de improviso entraba alguien en la estancia para desengañarle, aveníase gustoso á registrarla por sus cuatro lados con el recién venido, á la luz de una vela, levantando cortinas y ropas de la cama, y removiendo las sillas y demás muebles; después de cuales pesquisas cedía á la evidencia, conviniendo con el otro en que realmente no había nadie en el dormitorio; pero quedábase de nuevo encerrado y solo, y al instante volvía á sentir los maltratos de sus imaginarios huéspedes, y juraba, ó que antes no salieron, ó que después entraron sin que pudiese atinar por dónde, pero tampoco repugnando que hubieran pasado por el ojo de la llave ó los

resquicios de puertas y ventanas: y esto una noche, y otra, y otra, y todas. — Un adolecente de manía de persecución pasaba los ojos, en mi presencia, por las páginas de un periódico, y leía, como yo, letra á letra un suelto de gacetilla, verbigracia, que daba la noticia de haber llovido el día anterior; el artículo de un arbitrista, que proponía, como el que se mencionó en aquella tan sonada refriega del Parnaso, hacer pan de avellanas en los años malos; ú otro escrito de la misma laya y trascendencia. Yo me atenía á lo que rezaba el impreso; pero el loco descubría en cada frase y hasta en cada vocablo, además de su sentido literal, otro recóndito, que declaraba los intentos y manejos de sus perseguidores, y las amenazas con que querían intimidarle. A todo esto, yo me quedaba tan tranquilo, y él apesadumbrado, inquieto y temeroso, como si ya estuviese al caer su mayor y postrera desgracia.

Así Palomeque y Don Quijote. Ambos concordaban en la razón para dar crédito á los libros caballerescos. Mas al ventero dijo el Cura: *¡Quiera Dios que no cojeéis del pie que cojea vuestro huésped!*; y él respondió sin tomarse tiempo para pensarlo: *Eso no; que no seré yo tan loco, que me haga caballero andante; que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros.* ¿Cuál fué la contestación de Don Quijote al Canónigo? Llamarle de buenas á primeras hombre sin juicio, porque negaba la verdad de las disparatadas caballerías, subirlas sobre los cuernos de la luna, ponderar el mejoramiento de su condición moral desde que entró en el gremio, excusarse de no hacer buenos oficios andantescos al chasqueado cabrero, y dar sobre inofensivos y devotos disciplinantes. Como estas divergencias ocurren todos los días entre locos y personas cuerdas, que con ellos se comunican y tratan.

Es que Don Quijote hacía una mezcolanza de verda-

des y mentiras, y, en sus discursos apologeticos de los caballeros andantes, colocaba de todo en todo en la misma línea al Cid, Bernardo del Carpio y Suero de Quiñones, que á Gúido de Borgoña, Pierres, los Doce Pares y el rey Arturo; es que no hacía distinción, en punto á veracidad, entre las crónicas de Don Juan II, de Don Pedro Niño y del Gran Capitán, y los libros de Antonio de Torquemada, Melchor Ortega y Garcí-Ordóñez de Montalvo; es que también el vulgo, así tragaba las patrañas de éstos, como recibía las verdades de aquéllas; es que, en aquel siglo de aventuras, las que de muchos se referían, y eran ciertas, echaban raya á las descabelladas é imposibles de las historias andantescas; por donde las gentes sencillas, y aun las ducas, venían á confundir unas narraciones con otras, y á creerlas ciegamente todas; es, en fin, que todo esto formaba la constitución frenopática entonces dominante, que fué poco á poco quebrantando la intelectual del Hidalgo, y coadyuvó poderosamente á enloquecerle. Esquirol no la llama así, pero la define con tal claridad, que el nombre no hace falta. «En el *Don Quijote* se halla una *descripción admirable* de la monomanía que reinó en casi toda Europa después de las Cruzadas: mezcla de extravagancia amorosa y bizarría caballeresca, que era en muchos una verdadera locura.» *

También los sermones de la secta metodista, en Inglaterra, trastornaron el juicio á Lackington, y, en un momento crítico, le sugirieron la idea de meterse á predicador, y luego otra, como fulminante, que por poco le cuesta la vida. También las predicaciones de la fanática Antonia de la Porte Bourignon, en Amsterdam, y sus extravagantes obras causaron al famoso naturalista Juan Swammerdam la manía hipocondriaca que, primero, le hizo sectario de aquella mujer, á quien,

* Ibidem, tomo II, pág. 28.

demás de seguir á Holstein, hubo de rogar le regenerase; y luego, le infundió el temor de que sus preciosas investigaciones y estudios tenían ofendido á Dios, temor, que, no sólo le retrajo de continuarlos, sino que, en un violento paroxismo, le indujo á arrojar sus manuscritos á las llamas. También las perturbaciones y controversias religiosas de entonces llenaron de doctores, reformistas, profetas y Mesías las casas de orates; también las peripecias de la revolución de Francia, en el siglo pasado, dieron en aquellos asilos con más de dos Luises XVII, Robespierres y Bonapartes..... ¡Qué diferencia, empero, entre todos éstos y Don Quijote! A ellos el escepticismo, la incredulidad, el espíritu de rebeldía, la ambición, el orgullo, la soberbia, tal vez otros móviles más indignos, si cabe, descaminaron y sumergieron en la mayor de las desgracias; al Hidalgo llevaron á ella el amor de la belleza ideal y los ímpetus de un animoso pecho, provocados por la pasión de la lectura: ejemplar pasión que, ni exagerándose pierde su carácter de nobleza, ni amancilla jamás, antes esclarece y ensalza siempre la de su víctima.

Hay locuras que, por sus causas, ya predisponentes, ya determinantes, son vergonzosas — no retiro el epíteto, —y, por tanto, sobre la fama del que las padece echan un borrón indeleble. De pasiones brutales y vicios traen su origen; pero, para consuelo y hasta orgullo sano y legítimo de los que anhelamos no ver menoscabado jamás, en ningún concepto, el buen nombre de nuestra patria, digo, con el gusto que se deja suponer, que las estadísticas demuestran que en ella el número de tales vesanias no está, ni con mucho, en la alta razón aritmética con las demás que en otras naciones. No, no fué de aquéllas la locura de Don Quijote, cuyos extravíos y mayores desatinos llevaron impreso siempre el sello de grandeza de su aptitud vesánica y de una tema inspirada por la valentía, el amor á la humanidad, el deseo de renombre y gloria: grandeza propia

de aquella constitución frenopática, que no hacía alarde de impiedad, ni respiraba odio, ni se alimentaba de sangre, ni despedía fulgores de exterminio, sino que levantaba á la altura de la exageración las excelentes cualidades del pueblo español, llevaba en sí una luz pura, siquiera abrasase, y, con todo eso, habría sido un bien relativo, si, moderando sus alientos, hubiese contenido sus arrebatos. Salvo la consideración del infortunio, superior siempre á todo humano juicio, más simpático es el loco por caballero andante, que por sectario, tribuno, reyezuelo, delador de imperios ó demolidor de instituciones sociales. Por esto el Hidalgo, recobrado el uso de su razón, se lamentó, mas no se avergonzó de su locura. A haber vivido, sus allegados, amigos y convecinos, aun releyendo el triste parentesis de la historia de su deudo y paisano, que á todos llenó de amargura, tuviéranse por tan honrados como antes con su compañía y trato, y continuaran llamándole Alonso Quijano el Bueno. Ésta es una de las mayores bellezas de la novela.

Alto destino cumplió en la tierra Don Quijote. Su desgracia fué ejemplar. Enseñó cómo puede hundirse el espíritu más gallardo, si, por correr en pos del idealismo, atropella con la realidad, contra la cual no hay batalla con victoria. Representó en su persona la sociedad aventurera de dos largas centurias, con su acendrada fe, su castiza hidalguía, su ánimo brioso y sus actos heroicos; mas también con sus temeridades, enajenamientos, insensateces y sinrazones: y, por maravillosa manera confirmando aquellas cualidades, hizo patentes estos defectos. Peor era el género de literatura que nació de aquel estado social, y, trasloando su grandeza, poníala á mofa, y, encareciendo sus desbarros, los fomentaba: lo noble, lo valeroso, lo atrevido convirtió en insolente, desatentado y feroz; de la caballería hizo braveza; arrumbando la historia, puso en su lugar la fábula, y sacó á la escena fantasmas con

figuras de hombre, fuera de toda ley, incluidas las de naturaleza; fabricó, finalmente, un mundo imaginario, que pobló de seres extravagantes, monstruosos, desatinados y locos. Sólo una locura como la de Don Quijote, copia de aquella verdadera manía literaria, y de la más insana quizá, con indicios de demencia, del vulgo, que á los delirios de la otra lo arrastraba, podía ser parte á herir el ánimo de todos con la elocuencia del ejemplo, lo ridículo de los disparates y la amenaza del peligro común; y de esta suerte atajar el contagio general, que de la generación de entonces sin duda se hubiera trasmitido á las sucesivas inmediatas.

Yo tengo para mí que en las naciones donde el abuso de bebidas alcohólicas arroja á los manicomios un número de orates mayor de día en día, por manera que su progresivo aumento trae ya muy alarmados á los gobiernos; acaso entre los incautos que empiezan á deslizarse por la pendiente de aquel vergonzoso vicio, muchos, ya que no todos, volverían atrás, si, visitando la sección de dichos asilos destinada á los que adolecen de vesanias ebrias, consideraran el espantable término á que caminan, viendo con sus ojos los estragos de estas enfermedades, la degeneración moral y física en que precipitan al hombre, el desvalimiento absoluto de los que las padecen, su parálisis, su laceria, la asquerosidad de su aspecto, su estupidez sólo á ella misma comparable, su condición inferior á la del bruto, por la pérdida de la memoria, del entendimiento, de la voluntad, de los afectos, del habla y hasta de los instintos. Igual resultado se alcanzaría tal vez, respecto de las locuras á cuya invasión puede oponer cualquiera el cordón sanitario de la prudencia, templanza y buen modo de vida; pues, por más que parezca ilusorio, las hay en cuyo desenvolvimiento tiene no poca parte una voluntad negativa, ó séase flaca en la lucha con los apetitos y pasiones. Ver ciertas dolencias de la mente, bien así como otras de muy distinto género, y conocer

su origen, sería para no pocos tomar una lección de Higiene aprendiendo la fácil manera de prevenirlas.

Ello es que con Don Quijote se acabaron los caballeros andantes. Ni uno más se asomó por las ventanas del Oriente, ni, llevado de la extravagancia de la familia, le vino en voluntad salir de los abismos del Ocaso. Poco antes que el Hidalgo de la Mancha habíase lanzado al campo de las aventuras don Policisne de Beocia.... ¡pobre caballero! hasta su nombre parecía agorar mal, pues si de lo que hizo nadie se acuerda ya, lo que hubo de decir fué como el canto que á las aves homónimas suyas atribuye el libre fantasear de los poetas, pues no sólo anunció la muerte del paladín sino la de la cofradía entera á mano airada de un loco. Bien muerta fué; y con ello ganaron las cabezas y las letras. ¡Loor á Don Quijote, que hizo este gran servicio á la humanidad doliente y á la humanidad sana, á los ingenios topos y á los ingenios linceos. ¿ Parece poco desenvolver el juicio á toda una generación, y extinguir para toda la eternidad un mal contagioso y discrásico? ¿ Parece poco volver de arriba abajo la sociedad entera, y matar una literatura vana, estrambótica y empalagosa? Y, sobre todo, ¿ parece hazaña de poca monta cerrar con una constitución frenopática tan grave, antigua y ensoberbecida; vencerla y aniquilarla en términos que jamás por jamás pueda volver á levantar cabeza? Acaso alguno llamará hoy revolucionario á Don Quijote..... no me repugna el calificativo, ni me parece que le caiga mal; pero con revolucionarios como el Manchego me entierren, que asentaba su saber sobre el principio del temor de Dios, llevaba siempre por delante lo bueno y lo honesto, é iba por las sendas del amor al prójimo, de la justicia, de la lealtad y de la nobleza.

Peleó, y la victoria coronó su esfuerzo y denuedo. Su heroica empresa cántanla todavía los poetas, celebranla los sabios y apláudenla las gentes todas. Su me-

memoria vivirá cuanto viva la lengua que él tan galanamente hablaba; y, aunque la lengua se perdiera, no se perdería la memoria, pues guárdanla innumerables pueblos que se gallardean repitiendo en su idioma los sabrosos razonamientos, y contando las virtudes y proezas del discreto hidalgo y cumplido caballero. Del cual puede decirse que, enderezando el tuerto que, de mucho tiempo, escritores malandrines estaban haciendo á la república de las letras, tiranizándola y corrompiéndola, la salvó de su total decadencia y ruina, y regeneróla, acabando con ellos aquí y en toda Europa, porque eran una ralea verdaderamente internacional y mancomunada: memorable suceso como otros que, tras largas conturbaciones y calamidades, por misterioso designio de la Providencia, han decidido en esta tierra clásica de España los destinos del linaje humano. Don Quijote nació para la ocasión, y la ocasión estaba para él guardada. Los grandes hombres vienen al mundo cuando les llaman las necesidades de los tiempos.

CAPÍTULO XX.

TRATAMIENTO TERAPÉUTICO QUE SE USÓ CON
DON QUIJOTE.

Porque no era médico Cervantes, ni para componer su libro consultó, á lo que yo entiendo, ninguno de Medicina, causa más sorpresa su inspiración de hacer recobrar á Don Quijote la salud de la mente con un tratamiento que obedecía al principio terapéutico sin duda entonces, como ahora, menos vulgarizado, pues arranca de nociones de honda ciencia, que están fuera del alcance de las personas no peritas en la médica, aunque sean instruídas; principio, además, muy ocasionado, pero también, por el éxito de sus aplicaciones, frecuentemente maravilloso; y al cual, merced á estas últimas circunstancias, cuadra el calificativo de heroico, que se da á ciertos medicamentos cuya virtud salutífera nace de su acción perturbadora ó tóxica.

Es el principio á que se hace vaga referencia en un tratado de la Colección Hipocrática; que con bastante claridad se expone en otro *; y que, á principios de este siglo, formuló categóricamente Samuel Hahnemann con la sentencia, ya de nadie ignorada, aunque no siempre, ni con mucho, cierta: *similia similibus curantur*; la cual fué una atrevida provocación y grito de guerra como jamás se había dado contra la Medicina secular, que invicta militaba, acaudillada por el genio de Hipócrates, bajo el estandarte de la no menos sabi-

* *Ac si quidem in omnibus hoc modo se habeat, constitutum quidem sic fuerit, haec quidem contrariis curari, quaecumque sint, et quaecumque ex causa fiant; illa vero similibus, quaecumque tandem sint, et a quacumque causa fiant.*—HIPPOCRATIS *De locis in homine liber*, sección II, capítulo 15, colección y traducción de Foes.

da, aunque tampoco cierta en absoluto: *contraria contrariis curantur*. Los hechos más comunes, sencillos y hasta vulgares que comprueban la verdad de aquel principio, fundado en la correlación entre efectos de dos causas distintas, una patológica y otra terapéutica, son, por ejemplo, que hay vómitos, diarreas é inflamaciones locales que se curan con un vomitivo, un purgante y un irritante, respectivamente.

De él dedujo Hahnemann su teoría, que apellidó *homeopática*. Sobre nociones de fisiología patológica, que tienen de lo verdadero y de lo ilusorio, estatuyó un canon terapéutico único, la *homeopaticidad*, ó ley de los semejantes, que ordena combatir las enfermedades con medicamentos, que se supone producen en el organismo sano efectos iguales ó muy parecidos á los síntomas de ellas: ley que se cumple mediante la dinamización de las sustancias medicamentosas, ó sea el aumento de su virtud, que se pretende efectuar con dos operaciones manuales: la división infinitesimal y el revolvimiento metódico. Notorio es lo mucho que acerca de esta teoría se ha discutido y escrito con utilidad, fantaseado con aturdimiento y combatido con saña; no faltando en las luchas, de una y otra parte, furibundos mosquetazos de ultrajes y escándalos.

Con la tal teoría nada tiene que ver el tratamiento terapéutico que se usó con Don Quijote, por más que Hernández Morejón, dejándose llevar de un entusiasmo disimulable por lo patriótico, se arroje á decir que Cervantes dió una lección práctica, más de dos siglos há, «á ese moderno sectario, Hahnemann, que, con el nombre ridículo de *Homeopatía*, pretende fascinar hoy á la juventud incauta, presentando una doctrina como nueva, conocida, muchos siglos há, en España, y manejada con otro juicio y filosofía muy distintos de los que este sistemático presenta.»*

* Folleto citado, página 20

No; la medicación que se puso en práctica contra la monomanía del Hidalgo fué la perturbadora, conocida, en efecto, de siglos, dicha comunmente *sustitutiva*, especie de la irritante, cimentada también sobre el principio de los símiles contra los símiles, puesto que tiende á desarrollar y desarrolla con una sustancia medicamentosa, en virtud de su acción fisiológica, un estado irritativo ó inflamatorio con cierto viso de artificial, sobre otro preexistente del mismo carácter, pero natural, ó sea producido por espontánea fuerza patológica, al que, mediante un movimiento orgánico íntimo, pronto contiene, sojuzga, resuelve y como que desaloja. Parece repugnar á la razón este juego, á la vez patológico y terapéutico; mas no hay repugnancia que valga contra lo que la experiencia acredita. El tratamiento de Don Quijote fué arreglado al orden de la medicación homeopática, si se quiere, como ahora se denomina también la *sustitutiva*; pero de ningún modo á la que, tiempo andando, vino á prescribir exclusivamente la teoría *hahnemaniana*; la cual, dicho sea de paso, este epíteto debiera tener, y no el otro, que, para singularizarse, ha usurpado y que ya nadie le quita. Por cierto, la disparidad es grande, puesto que estriba en la de los procedimientos con que el método terapéutico *sustitutivo*, ó dígase homeopático, y la teoría *hahnemaniana*, el clasicismo y el proselitismo, ó, en términos más significativos, aunque metafóricos, la ortodoxia y la heterodoxia médicas, aplican el principio, común á las dos, de curar semejantes con semejantes.

Lo admirable es, que se llevase entonces este principio á la terapéutica frenopática, por ser una novedad que parece sólo podía imaginar é introducir un ingenio clínico de perspicacia superior y poderosa iniciativa reformatoria de toda práctica rutinaria. Lo admirable es, que Cervantes comprendiera que contra una locura como la de Don Quijote la balumba de polifármacos,

tan en boga en su tiempo *, había de ser estéril, por más que todos juntos y cada uno de por sí bastasen para remover, alterar y corregir todos los humores peccantes del cuerpo del enfermo. Pero aún es más admirable que, ignorando sin duda nuestro novelador la resistencia de las enfermedades mentales á los medicamentos, y no pudiendo saber que en ninguna se muestre tan poderosa aquélla como en la monomanía; parezca dar tácitamente por sentadas estas verdades prácticas, y para la curación del Andante no ponga la mira

* Estábanlo sin duda algunos de que en estos últimos días he tenido conocimiento, por la rara y feliz casualidad de haber visto un ejemplar del Formulario á que *de antiguo* se atenían en su práctica, más de mediado el siglo xvii, los Doctores en Medicina y los Cirujanos del Hospital General de la Santa Cruz de Barcelona; y no quiero perder esta ocasión que se me ofrece para dar alguna noticia de él como dato histórico de la Farmacología de aquel tiempo, con relación á la terapéutica frenopática de nuestro establecimiento, que, de seguro, era la recibida y practicada en todo el mundo médico: noticia que en vano se buscaría en libros ni memorias de ahora ni de entonces. Es un folleto de 36 páginas numeradas y 6 en blanco, en 4.º, sin contar la portada, que dice así: *Particulares | medicamentorum descriptio- | nes, quibus iam ab antiquo vtuntur Medici | Doctores, & Chirurgi Hospitalis Gene- | ralis S. Crucis Barcinonensis in | agrorum curatione. | Recta methodo, et secvndvm | Regulas dispositæ per me Ioannem Pasqual | Llobet Pharmacopæum huius | Hospitalis. | Anno (escudo del Hospital) 1677. | Cum licentia: | Barcinonæ, ex Typographia Hyacinthi Andrev, | in vico Sancti Dominici.* A ésta sigue un *Prooemium*; la aprobación dada en Barcelona á 18 de febrero de 1677 por el Dr. Jaime Solá; la licencia para la impresión, concedida por el Vicario General, de Josa, en 22 del mismo mes; y, á la vuelta, una estampa de la Virgen de Monserrat, grabada en madera. El Formulario comienza *In nomine Sanctissimæ Trinitatis, Virginisque Mariæ Montisserrati*, y termina con estas palabras: *Deo semper, & vbique gloria, vna, vni. Vnde, eo omnia.* Está dividido en dos partes: la primera contiene las recetas ó fórmulas de los Médicos; y la segunda las de los Cirujanos; que suman 43 y 19 respectivamente. Entre las de los Médicos, cuéntanse 6 especiales para la curación de enajenados, y son, por el orden en que están colocadas: 1.ª de lavativa para delirantes calenturientos, *lavorium pro phreneticis*, y acaso también para alienados agitados y furiosos; 2.ª de cocimiento para idiotas, *decoctvm pro fatvis*, que es para disponer sus humores, *ut præparentur humores in fa-*

sino en el *tratamiento moral*; el único que, de fijo, ahora, en un loco de la misma especie, intentaría un alienista desengañado y enseñado por una larga experiencia. En realidad, el principio de los semejantes contra los semejantes presta también á la terapéutica psíquica con más fianza de buen éxito que los demás; pero que así lo viese, ó, mejor dicho, adivinase Cervantes, esto es lo que no puede menos de dejar suspenso á quien mide la magnitud del asunto, está al cabo de sus dificultades, y considera su casi inverisimilitud en aquel tiempo. ¿Sa-

tvis; 3.^a del jarabe usual para locos, *syrupvs vsualis pro dementibvs*; 4.^a de polvos de primera clase para idiotas, *pvlvis primordií pro fatvis*; 5.^a de polvos de segunda clase para los mismos, *pvlvis secundarijs pro eisdem dementibvs*; 6.^a de polvos para gorros de locos, *pvlvis pro cycvphis dementivm*. Todos son medicamentos ó preparaciones oficiales, y compónense exclusivamente, excepto el primero, de sustancias vegetales: seis entran en los polvos de las dos clases; doce en los de los gorros; catorce en la lavativa y en el cocimiento; y doce en el jarabe, con más otros dos jarabes y azúcar. Como se ve, casi todos son polifármacos. Sólo en una fórmula, la del jarabe, se halla el eléboro negro, pero en ninguna el blanco, con ser el principal medicamento antimaniaco de la antigüedad, á cuyas doctrinas y prácticas todavía se tributaba culto cuando se ordenó esta publicación. El único componente no vegetal pídelo, según he indicado, la lavativa, y es una cabeza de carnero hecha pedazos y quitados sesos y cuernos, *capitis arietis in frustra dissecti, eiectis cerebro et cornibus, unum*. Esto, que sería en nuestra época una monstruosidad, no lo era en aquélla, pues el mismo Formulario toma de Ambrosio Paré, el cirujano francés tan famoso en la Historia, copiándolo del libro undécimo, capítulo quinto de su obra, el cual trata de las heridas por arma de fuego ó arcabuz, *de ictibus sclopetariis*, un aceite que bien podía á más y mejor arder en un candil, por cuanto se componía de cuatro libras de aceite de violetas, dos cachorritos recién nacidos, *catellorum nuper natorum duo*, que se cocían á fuego lento hasta la disolución de los huesos; á todo lo cual se añadía en el acto una libra de gusanos de tierra muertos en una infusión de vino, *vermium terrestrium præparatorum, vt docet (idest vino extinctorum)*; y después, al usarlo, tres onzas de trementina de Venecia y una de espíritu de vino. Además, nadie ignora que por aquellos tiempos, y antes, se aconsejaba contra el morbo sacro ó epilepsia la que se decía *uña de la gran bestia*, denominación que aun ahora se da al *Megaterio*: si bien en la práctica andaría forzosamente de por medio algún *quid pro quo*, pues no era á la sazón, ni ha sido nunca cosa llana el hallar

bía, por ventura, la sentencia, ó llámese aforismo, que soltó en sus versos aquel famoso maestro en el arte de amar: *amore medico sanatur amor*, que tan profundo sentido tiene, pues encierra dentro de sí el germen del tratamiento frenopático moral? Si no lo sabía, obró como si lo supiera, según se acredita por su acierto en disponer, conducir y finalizar la curación de Don Quijote.

De ella excluyó toda violencia. Recuérdesse que en su época las casas de orates no eran, en realidad, hos-

este mamífero fósil, ni aun removiendo hasta el fondo los depósitos aluviales antiguos. Pero la noticia más curiosa que se saca de este Formulario es la del tratamiento, aunque parcial, paliativo, sintomático, llámese como mejor parezca, de la idiotez, con un medio tópico, ó sea con la aplicación de sustancias vegetales aromáticas machacadas y secas, que se creía tenían virtud para avigorar el cerebro; y, metidas en un gorro, ó sea saquillo de tal hechura, que pudiese servir de gorro, se aplicaban al cráneo entero ó á su parte anterior. Este gorro, casquete ó cofia, era la *cucupha*; de la cual confieso que no tenía conocimiento, y hasta ignoraba la significación del vocablo, ni me lo declararon los libros que consulté entonces con algún afán, aunque sí después otro excelente, que hube á las manos; mas, por fortuna, todo me lo explicó en menos de dos páginas uno de tres manuscritos en latín, que con el Formulario componen un solo volumen, y son tratados elementales, aunque bastante extensos, de Farmacología, puestos en letra muy menuda y metida. Aquél, que es el tercero en el orden de colocación, se intitula así: *Tractatus vnicvsv de Materia Medica a M. D. Francisco Orriols, a quo ipsvm accepit Thomas Mollét Philosophiæ Doctor et Medicinæ studiosus anno 1680.* De su capítulo IX, parte II, de *sacculis, cucuphis, semicucuphis sive frontalibus*, traduzco los pasajes siguientes: « Los antiguos llamaban fomentos secos á los saquillos, porque tienen los mismos usos que ellos, y se hacen con hierbas, flores, raíces y semillas aromáticas y gomas, medio machacadas ó desmenuzadas, que se meten en un saquillo de lienzo ó de encerado..... Su forma varía según la de las diferentes partes á que se aplican, de modo que los que se ponen á la cabeza parecen un gorro; en cuya razón se denominan *cucupha*..... La *cucufa* se un saquillo que sirve para fortalecer y dar calor al cerebro..... La *semicucupha* ó *frontale*, especie de frentero, se aplica á las suturas de la cabeza, ó sea á su parte anterior, de igual modo y con igual fin que la *cucufa*, y más para promover el sueño y calmar el dolor de cabeza, en términos que, si no es para esto, raras veces nos servimos del frentero ó *semicucufa*, por-

pitales, sino edificios de encierro; no establecimientos de curación, sino de pura seguridad; y luego se echará de ver que estaba todavía por instituir el *aislamiento* de los locos, ó su reclusión en aquellos asilos como requisito necesario y base de su tratamiento. Añádase que, siendo, á causa de preocupaciones algún tanto disculpables, tenidos y temidos por dañinos los más de los enajenados y por muy peligrosos los restantes, en general no se cuidaba sino de prevenir con la fuerza sus arrebatos, encomendando al hierro el contenerlos y suje-

»que para lo demás es mejor la cucufa, así como para lo otro es
 »mejor el frentero, ya que no ofrece el peligro de dañar con su
 »frialdad las partes posteriores del cerebro y la médula espinal.» No será impertinente el poner fin á estas curiosidades con la fórmula de las cucufas para idiotas, su preparación y dosis.

- | | |
|--|--------------------------------|
| R. <i>Foliorum Rosarum verarum.</i> | <i>vnc. ij.</i> |
| <i>Florum Meliloti.</i> | <i>vnc. j.</i> |
| <i>Florum Violarum.</i> | } <i>an. vnc. j. & ss.</i> |
| <i>Florum Borriginis.</i> | |
| <i>Florum Chamo.</i> | } <i>an. vnc. ss.</i> |
| <i>Nymphææ Albæ.</i> | |
| <i>Seminis Coriandri præp.</i> | } <i>N. ij.</i> |
| <i>Capitum Papaveris albi.</i> | |
| <i>Florum Anthos, id est Roris Marini co-</i> <i>ronarii.</i> | } <i>an. vnc. iiij.</i> |
| <i>Cariophyllorum.</i> | |
| <i>Stæchados Arab.</i> | |
| <i>Macis.</i> | |

Contundantur omnia crassiuscule, et servantur usui.

N. Pro unaquaque cucupha drachmas quadraginta et octo sufficere, quod experientia edocuit.

Sin admitir la teoría de que nacen las indicaciones de vigorizar el cerebro, á que ocurre esta preparación — con la que no se curaría entonces ni ahora, ni se curará jamás el idiota menos idiota, — bien examinada aquélla, se verá que la atonía y frialdad que supone en dicha entraña no son por cierto accidentes muy distintos de los inmediatos de la *anemia cerebral*, que, no sin razón, admite la clínica moderna como causa próxima ó alteración anatómico-fisiológica de algunas enfermedades ó fenómenos que en su curso se ofrecen.

Multa renascentur.

tarlos, al látigo el gobernarlos y corregirlos. Las tradicionales *gavias*, de que yo he visto una conservada todavía en cierto manicomio, dichas también *jaulas*, porque, en efecto, no se diferenciaban de las que en las colecciones zoológicas encierran las fieras vivas, demasíadamente declaraban que á brutos indómitos y crueles habían de dar, más bien que estrecho albergue, prisión inquebrantable. Pues ¡qué mucho que Cervantes, padre amoroso y discreto de Don Quijote, no cometiese la violencia é insensatez de recluirle en una casa de orates! Esto pudo hacerlo aquel otro padre descastado é imprudente con el hijo, en hora menguada engendrado, y por él nunca reconocido ante el público, como si de contrabando fuese; con el zascandil, digo, cuyas necedades y demasías escandalizaron al mundo, confir-mándole por astilla de tan ruin palo. Encerrar al Hidalgo no hubiera sido entonces curarle, que es lo que se propuso Cervantes con mejor sentido estético, para que la regeneración mental del héroe fuese digno epílogo de su hermosa historia, y su abjuración solemne en el supremo trance el golpe de gracia á la ya derribada y malherida literatura caballeresca.

La quema de los libros, el tapiar la estancia que los contenía, y el cuento del encantador enemigo que se los llevó, fué un recurso indirecto y tardío; y el cuidar, y casi nunca contradecir á Don Quijote, mientras estuvo en su casa después de la primera salida, un tratamiento expectante, si este sustantivo y este adjetivo no se excluyen recíprocamente. La ineficacia de entrambos partidos demostróla pronto el animoso Hidalgo escapándose á nuevas aventuras.

Comprendiendo, pues, el Cura y el Barbero la necesidad de poner por obra un plan directo y activo, salieron en busca de Don Quijote, en la dirección que juzgaron habría llevado; y por el camino fueron tomando lengua de su paradero hasta dar con él en Sierra Morena, desde donde trataron de volverle á su aldea,

procurando que les siguiese á buenas, como lo lograron; primero, sin hacerle fuerza, antes de su grado y con anhelo de acorrer á la despojada reina Micomicona; luego, por sorpresa y sin resistencia, gracias á la socorrida intervenciónde mal encubiertos encantadores, que, en premio de dejarse acarrrear, convicto de encantamiento y metido en una jaula, prometiéronle arrullos de la cándida paloma del Toboso. Sin tales expedientes, que les deparó la casualidad y ellos aprovecharon con astucia, es indudable que el loco, desoyendo consejos, persuasiones y súplicas, en el momento crítico habría puesto piés en pared, ó, cuando menos lo pensarán, porque creyeran tenerle más cogido, se habría hecho escurridizo y dejádoles á oscuras.

Quiero suponer ahora que en lugar de tratarle blandamente, hubiesen usado de violencia, valiéndose de los mismos cuadrilleros que traían órden de prenderle, y no lo intentaron, convencidos por el Cura, quizás con alguno de aquellos argumentos poderosos á quebrantar peñas. Pues bien, al entender nuestro héroe que los ministriles que le echaban las manos eran de la Santa Hermandad vieja de Toledo, montado en cólera y encendido de coraje, sin duda á los tales, y quién sabe si igualmente á todos los vecinos de la imperial ciudad, como don Diego Ordóñez de Lara á los zamoranos que acogieron á Bellido, habría llamado de fementidos y traidores, y retádoles á ellos y á sus abuelos, y á los panes con que se alimentaban y á las aguas que bebían. Peor aun que, reprimida por el pronto la ira, y acumulada en el seno, al estallar luego con su natural vehemencia, le hubiese abalanzado á un paroxismo de exasperación y furor, que, con lo difícil de aplacar, trajera lo pernicioso para el curso y término de la vejanía.

La suavidad y blandura con que á Don Quijote trajeron sus amigos para que se amañase á seguirles, parecen vaciadas en la turquesa de la prudencia con que,

puesto en un empeño semejante, hubiera procedido todo alienista práctico.

En esta primera tentativa no hubo sino vislumbres de tratamientó moral de la monomanía por el juego de los semejantes. Aquél se empezó á practicar en regla después que el Cura y el Barbero se cercioraron de que el Hidalgo, al mes de restituído á su casa, descansado y repuesto ya, estaba tan loco como cuando le dieron alcance en la soledad de su caballeresca penitencia y casi dejadez de zoantropía. A ellos se agregó Sansón Carrasco, que acababa de granjear la amistad del Andante; y los tres constituyeron una especie de junta de familia, que acordó el plan de curación del común amigo, ó, á lo menos, un modo más eficaz de traerle de nuevo á su casa y obligarle buenamente á permanecer en ella largo tiempo, si, como ya lo tenían por inevitable, se les desgarraba la vez tercera para volver á las desventuradas aventuras. Hubo de ayudarles Carrasco con su buen entendimiento; y por su juventud, que no temía las fatigas, y por su ánimo, que no arredraban los peligros, fué naturalmente el brazo derecho de la junta. Pocas figuras tan simpáticas como la del Bachiller: ninguna más interesante en el concepto de amigo de Don Quijote, por quien sacrificó el reposo y expuso la vida.

Al ser presentado por Sancho al Hidalgo, púsose de rodillas y dijo: *Déme vuestra grandeza las manos, señor Don Quijote de la Mancha; que, por el hábito de San Pedro que visto, aunque no tengo otras órdenes que las cuatro primeras, que es vuesa merced uno de los más famosos caballeros andantes que ha habido, ni aun habrá en toda la redondez de la tierra.* No sé si tales palabras fueron dictadas simplemente por la índole maliciosa del Bachiller, socarrón y amigo además de donaires y burlas, como me inclino á creerlo; si ya en ellas despuntaba un propósito, que luego comunicó con sus compañeros; ó si respondían á indicaciones vagas que le hubiesen hecho en una previa é ignorada confe-

rencia. Pero lo que no deja duda acerca de este particular es, que, declarándole Don Quijote su intento de hacer de allí á tres ó cuatro días otra salida, Carrasco le contestó *que era su parecer que fuese al reino de Aragón, y á la ciudad de Zaragoza, adonde se habían de hacer unas solemnísimas justas por la fiesta de San Jorge, en las cuales podría ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que sería ganarla sobre todos los del mundo;* porque, al hablar así, metiendo el acicate á la vanidad del Andante, mostró obedecer á un plan concebido de antemano, cuyas peligrosas consecuencias trataba de prevenir moderando el arrojamiento del consejo con las reflexiones de la prudencia. En prueba de lo cual, acto continuo *alabóle ser honradísima y valentísima su determinación, y advirtióle que anduviese más atentado en acometer los peligros, á causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habían de menester, para que los amparase y socorriese en sus desventuras.*

Desde entonces ya no dijo razón el Bachiller, por la que no se trasluciese el fin á que derecha y decididamente se encaminaba. A su casa llegó el Ama apesadumbrada; y, viéndola él que se dejaba caer á sus piés, trasudando y llena de congoja, empezó un diálogo chispeante de gracia como pocos.—*¿Qué es esto, señora Ama! ¿Qué le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma?—No es nada, señor Sansón mío, sino que mi amo se sale; sálese, sin duda.—Y ¿por dónde se sale, señora? ¿hásele roto alguna parte de su cuerpo?—No se sale sino por la puerta de su locura: quiero decir, señor Bachiller de mi ánima, que quiere salir otra vez (que con ésta será la tercera) á buscar por ese mundo lo que él llama aventuras; que yo no puedo entender cómo les da ese nombre....—.... En efecto, señora Ama, ¿no hay otra cosa, ni ha sucedido otro desmán alguno, sino el que se teme que quiere hacer el señor Don Quijote?—No, señor.—Pues no tenga pena,*

sino váyase en hora buena á su casa, y téngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oración de Santa Apolonia, si es que la sabe; que yo iré luego allá, y verá maravillas.—¡Cuidada de mí! ¿la oración de Santa Apolonia dice vuesa merced que rece? Eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas; pero no lo ha sino de los cascós.—Yo sé lo que digo, señora Ama: váyase y no se ponga á disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay más que bachillar. Si esta frescura puso en confusión y desaliento á la buena Ama, estupefacta y lela debió de dejarla el enfático saludo con que después sazonó Carrasco el abrazo que dió á Don Quijote: ¡Oh flor de la andante caballería! ¡oh luz resplandeciente de las armas! ¡oh honor y espejo de la nación española! ¡plega á Dios Todopoderoso, donde más largamente se contiene, que la persona ó personas que pusieren impedimento y estorbaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamás se les cumpla lo que más desearén! Y, como si esta retumbante humorada no bastase, añadió con no menos vana y ridícula altilocuencia: Bien puede, señora Ama, no rezar más la oración de Santa Apolonia; que yo sé que es determinación precisa de las esferas que el señor Don Quijote vuelva á ejecutar sus antiguos y nuevos pensamientos; y yo encargaría mucho mi conciencia, si no instigase y persuadiese á este caballero que no tenga más tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas, y otras cosas deste jaez, que tocan, atañen, dependen y son anejas á la Orden de la caballería andante. Ea, señor Don Quijote mío, hermoso y bravo, antes hoy que mañana se ponga vuesa merced y su gran rocín en camino; y si alguna cosa faltare para ponerlo en ejecución,

aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda ; y si fuere necesidad servir á su magnificencia de escudero , lo tendré á felicísima ventura.

Tres días después, al anochecer, Don Quijote y Sancho se pusieron en camino del Toboso, sin que los viese nadie más que Carrasco, que les acompañó media legua del lugar; y allí se despidieron abrazando el Bachiller al Andante, y suplicándole le avisase de su buena ó mala suerte, para alegrarse con la una ó entristecerse con la otra.

Alea iacta est hubiera exclamado, al verles partir, un erudito, que estuviese al tanto del enredo. Don Quijote pasaba el Rubicón, allende el cual había de hallar sucesivamente la más lisonjera aventura, su mayor victoria, la más negra desgracia, y, en justa compensación de ella y premio de sus virtudes, el mayor triunfo, la mayor felicidad que podía caberle en la tierra.

El plan es bien manifiesto, y está ya en vía de ejecución: tratamiento del semejante por el semejante; de la caballería por la caballería: tan genuino y directo, que tiene cierta apariencia del conocido procedimiento de *proflaxis isopática*. El fin inmediato, como se ha declarado otras veces, es reducir á Don Quijote á que se esté quieto y sosegado en su casa dos ó más años; en cuyo tiempo podrá ser que se le olviden sus vanidades, ó se halle algún remedio á la dolencia que le fatiga. Acordado en la consulta del Cura, el Barbero y el Bachiller, éste toma sobre sí el llevarlo á efecto, y, en vez de atrancar las puertas de la locura por donde amagaba salirse Don Quijote, ábreselas de par en par, y empújale para echarle afuera: primer paso para la realización del ulterior designio, que es ir en demanda del Andante para traerle á un lance forzoso, como se trae el toro á la suerte final de la lidia. Mete fuego á los deseos que al Caballero agitan de aventuras y gloriosos hechos, levanta su nombre y fama al quinto cielo, y déjale entrever una muy oportuna ocasión para sobresalir entre los

más famosos caballeros del mundo. Tanto sale en todo esto el propósito de poner los semejantes en juego, que á quien así no lo vea parecerá que en el de la locura puede Carrasco dar quince y falta á Don Quijote. Que es un método curativo éste aplicable á pocos casos, y en todos no ya peligroso, sino arriesgado..... ¡Vaya! ¿quién lo duda? es herir por los mismos filos, corriendo el albur de que resulte insanable ó mortal la herida. Por esto lo he calificado de heroico. ¡Punible audacia el usarlo sin gran discernimiento y cautela! Sus inconvenientes, no obstante, se contrapesan con sus ventajas, que tal vez son superiores á las de otros métodos, y los resultados, raros, portentosos, fuera de toda fundada esperanza.

Pronto sale al encuentro de Don Quijote el Caballero del Bosque ó de los Espejos, y por primer saludo le tira dos estocadas, que si, como son morales, fueran de espada de hoja y punta, bastaran á hacerle exhalar por las heridas el postrer aliento: golpes certeros á su honra y á la fama de la señora de su alma: á dos ideas culminantes de la vidriosa y levantisca monomanía. Cuéntale que el destino, ó, por mejor decir, la elección le trajo á enamorarse de la sin par Casildea de Vandalia; quien ha pagado los buenos pensamientos y comedidos deseos que le animan, con ocuparle en muchos y diversos peligros, y *últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España, y haga confesar á todos los andantes caballeros que por ella vagaren, que ella sola es la más aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que soy el más valiente y el más bien enamorado caballero del orbe; en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido á contradecirme; pero de lo que yo más me precio y ufano es de haber vencido en singular batalla á aquel tan famoso caballero, Don Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es más hermosa mi Casildea que*

su *Dulcinea*; y en sólo este vencimiento hago cuenta que he vencido á todos los caballeros del mundo. Arrogancia contra arrogancia, fantasía contra fantasía, delirio contra delirio; aplicación atrevida y resuelta del principio terapéutico. Por de contado, nuestro caballero tiene el mentís en el pico de la lengua, mas se reporta y ciñe á poner en duda que le haya vencido á él, alegando que pudo ser á otro que se le pareciese; pero replícale el de los Espejos: *¿Cómo no? Por el cielo que nos cubre, que peleé con Don Quijote, y le vencí y rendí*: jaque del que ya no puede librarse el de la Mancha sino llegando á las manos, porque huir, harto se le alcanza al del Bosque que no lo hará, y con esta certidumbre le ha presentado la batalla. Apréstase Don Quijote para sustentar con las armas que él no fué el rendido sino otro, transformado por los encantadores; y, aceptado por el de los Espejos el reto, recalándose en que, si pudo vencerle en esta disposición, bien puede esperar rendirle en su propio ser; pelean en singular combate, cuyo éxito ya se sabe. Derribado y medio muerto el del Bosque, aunque convertido á los ojos de Don Quijote, por magia de los hechiceros, en el mismísimo Sansón Carrasco, ha de confesar que *Dulcinea* se aventaja á Casildea, y prometer que á ella se presentará en el Toboso, para que haga de él lo que más en talante le viniere. La obligación del vencimiento para Don Quijote, es decir, la indicación terapéutica, hubiera sido quedar á voluntad del Bachiller, que no había de cumplir sino la de la consulta, que era, según queda dicho, mandarle volver pie atrás para que lo metiese en su casa, y no lo sacase en dos ó más años.

Es ley fisiológico-patológica, que, si la medicación por los semejantes no alcanza á abatir y aniquilar de luego á luego la enfermedad, ésta recrece y toma casi siempre un muy alto vuelo. Que de tal ley no estaba fuera el Andante, bien lo manifiesta su historiador cuando, después del acaecimiento referido, dice: *En*

extremo contento, ufano y vanaglorioso iba Don Quijote, por haber alcanzado vitoria de tan valiente caballero, como él se imaginaba que era el de los Espejos; y en otra parte: con la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho, seguía Don Quijote su jornada, imaginándose, por la pasada vitoria, ser el caballero andante más valiente que tenía en aquella edad el mundo.

Pero el encrudecerse una dolencia por la acción de los remedios que propina el tratamiento de los semejantes, no es razón para desistir de él y subrogarle con otro, dado que subsistan las indicaciones que determinaron á ponerle en práctica. Así lo dicta el criterio clínico. Así también hubo de juzgarlo Carrasco, quizás pidiendo al Cura y al Barbero dictamen, y con éste confirmando el suyo, pues persistió en el designio de reducir á Don Quijote haciendo armas con él, y solamente difirió su ejecución para una coyuntura propicia. Como quiera, no parece sino que todos tiraban á poner en observancia aquel precepto de la escuela griega, que, en forma de aforismo, se contiene en la Colección Hipocrática, y dispone que cuando en un tratamiento curativo se obra estrictamente según razón, y los resultados no son los que, conforme á ésta, eran de esperar, no se haga novedad mientras el motivo de la primera determinación subsista*: famoso aforismo que ha sido materia de acalorados debates; que puso un día en vivo movimiento muy diestras y eruditas plumas; que sin duda invocaban á menudo y con mucha prosopopeya los médicos de aquella época; pero del que acaso ni noticia tenían los tres amigos del Manchego, con ser el uno licenciado por Sigüenza, el otro bachillereado en Salamanca, y poseer el tercero una más que veintenaria carta de examen del oficio barberil.

* *Cum quis omnia recta ratione facit, neque tamen pro ratione succedit, non est ad aliud progredendum, si manet quod ab initio visum est.*

HIPPOCRATIS *Aphorismi*, sección II, aforismo. 52.

La coyuntura se ofreció á Carrasco, y con ella su desquite, en la playa de Barcelona, campeando bajo el nombre de Caballero de la Blanca Luna. Desafiado y vencido Don Quijote, pidió la muerte, preferible para él á vivir sin honra y á contemplar sin defensa la hermosura de Dulcinea.

Con las últimas palabras de aquella desesperada lamentación que exhaló al verse caído y bajo el acero de su contendor, sobradamente declaró que su infortunio le arrancaba el alma: *aprieta, caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra. ¡Oh! ¡cómo sintió el de la Blanca Luna el atroz martirio del Hidalgo! Eso no haré yo por cierto, le dijo; viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso; que sólo me contento con que el gran Don Quijote se retire á su lugar un año, ó hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertámos antes de entrar en esta batalla. ¡Incomparable rasgo, no de magnanimidad, sino de discreción y tiento de quien, animoso y compasivo, se jugó la vida por salvar la de su amigo, midiendo con él sus armas para vencerle no, sí para ver de curarle! El que peleó por postergar á Dulcinea, victoréala proclamando su hermosura; el que rindió á Don Quijote, levántale y ensálzale apellidándole grande; el que infirió la herida, cáatala con el único bálsamo de virtud poderosa para atajar su estrago. Tales correctivos pedía la violencia del tratamiento moral, bien así como el dolor del cauterio candente reclama la inmediata aplicación de un repercusivo anodino. Esto, tocante á lo clínico, pues, respecto de lo literario, á las personas de buen gusto remito el decidir si no es una gran belleza la que avalora el final de la patética escena del vencimiento de nuestro Hidalgo, tan atormentado como valeroso, tan noblemente altivo en la desgracia como apacible y benigno en la próspera fortuna.*

Luego volvió éste á encerrarse en su casa, para no

salir de ella sino en el ataud. No se equivocaron los que antevieron que, aceptada la condición del combate, cumpliría religiosamente, á fuer de caballero. Llevaron hasta el cabo el método homeopático, que, si no tuvo al punto el éxito mejor, el de todos apetecido, aunque no esperado de ninguno, ó sea la curación de la monomanía; á lo menos moderó sus síntomas, contuvo su curso, y, conmoviéndola hondamente, facilitó una transformación no tardía, que preparó y dió impulso al restablecimiento completo y ejemplar del enfermo.

Ya, á pocas jornadas, cuando caminaban amo y mozo para su aldea, según refiere el cronista, *apeáronse en un mesón, que por tal le reconoció Don Quijote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadiza; que, después que le vencieron, con más juicio en todas las cosas discurría.* A don Álvaro Tarfe cuenta que pasó «á Barcelona, archivo de la cortesía, »albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, »patria de los valientes, venganza de los ofendidos »y correspondencia grata de firmes amistades, y, en »sitio y en belleza, única;» *y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, sólo por haberla visto.* Encomio, lo primero, que los barceloneses debiéramos esculpir con letras de oro en alguno de los lugares más frecuentados de esta ciudad, no tanto por lo que satisface al amor propio, cuanto por lo que obliga la advertencia que tácitamente nos hace, enderezada á la conservación y acrecentamiento de nuestro buen nombre. Indicio claro, lo segundo, de cómo, recobrando su energía fisiológica la sensibilidad moral del Caballero, sobrepujaba y reprimía las aberraciones del entendimiento; porque la verdad es que esto no pudo decirlo sino un loco cuyo delirio flaqueaba ya mucho.

También, por lo mismo, pudo el escudero, al descubrir su aldea, hacer aquel apóstrofe que cautiva el cora-

zón y llega al alma por la ternura del sentimiento y la alteza del concepto: *Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve á ti Sancho Panza, tu hijo..... Abre los brazos, y recibe también á tu hijo Don Quijote; que, si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo, que, según él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede*; con que, demás de aplicar muy atinadamente la filosofía que había aprendido, significaba á su manera la saludable reacción psíquica del Hidalgo, resultado inmediato y casi decisivo del procedimiento terapéutico.

Con tal sagacidad y perseverancia se usó, en la curación de Don Quijote, el método homeopático psíquico. ¿Podrá ello servir de pauta para otros casos semejantes? Dejando aparte las dificultades inherentes á la ejecución de un plan terapéutico de esta especie, y la rareza de que ofrezca la práctica algún enfermo que para él dé asidero, dudo mucho de que el éxito fuese tan satisfactorio, á menos que, también por maravilla ó rareza, el procedimiento originase una pasión que se convirtiese en curativa, como del Caballero se ha escrito. Con todo esto, no cabe negar que fué luminosa la idea del tratamiento; que ella y su realización estuvieron conformes á los principios científicos, y se llevaron de grado en grado con mucho tino hasta el fin propuesto; y, por último, que se expuso con verdad la serie de fenómenos propios de la bien imaginada intervención de un dolor moral profundamente melancólico, único capaz, por su carácter deprimente y negativo, de borrar el exaltante y afirmativo de la monomanía: pensamiento que, como lo celebra la ciencia, ha de aplaudirlo el arte.

No creo que nadie haga buena en nuestros tiempos la queja del conocido hidalgo de Argos á sus amigos, porque, sanándole de su monomanía teatral, le habían dado, no vida, sino muerte, desvaneciendo el engaño con que tan extravagante delirio le henchía de felicidad

y transportaba de gusto *. Pero quizás no faltará quien ponga en cuestión la prudencia, oportunidad y buen éxito del plan curativo usado con Don Quijote, objetando que en mal hora se le sacó del campo de las aventuras, donde respiraba el aura confortante de la gloria, por más que fuese imaginaria, para llevarle al retiro angustioso de una vida vulgar y atosigada con recuerdos crueles; que en mal hora se le obligó á descender de un cielo de esperanzas, donde con placidez inefable vagaba su espíritu, para hundirle en el abismo de la melancolía, que, confundiendo el entendimiento y aletargando el corazón, acabó de quebrantar el organismo, y le produjo la enfermedad postrera. ¡Valiente método terapéutico, que, por entre mejorías relativas y metamorfosis engañosas, lleva al sepulcro!... ¿Merece la pena el desatar este argumento?... ¡Ah! vida sin uso de razón es muerte... Una tumba de tierra antes que la tumba moral de una reclusión y aislamiento perpetuos... ¡Oh, sí; primero el cementerio que el manicomio! Los hombres de todas condiciones, estados y tiempos si, como Don Quijote, adolecieren, bendecirán siempre la mano, cualquier que fuere el camino por donde los saque de la tenebrosidad de la locura al sol de la razón, que los alumbre para volver á mirar al cielo, y morir en el amor y temor de Dios, alentados con el cordial de la esperanza. Si alguno tal no hiciere, con sólo esto demasiadamente dará á entender que tiene todavía el cerebro derrumbado.

Nadie hizo por el Hidalgo lo que Carrasco, á pesar de haber entrado en ello con tan mal pie, que bastaba para retraerle de seguir adelante. Sin que le valieran la diligencia y trabajo que puso en la ejecución de su proyecto, al primer encuentro tuvo azar, pues, conten-

*

*Pol, me occidistis, amici;
Non servastis, ait, cui sic extorta voluptas,
Et demptus per vim mentis gratissimus error.*
HORATII, Epistola II: libro II, vers. 138-140.

diendo con el infeliz cuanto querido amigo, las cañas se le volvieron lanzas; y bien libró por cierto pagando con sólo dolor de las costillas el ardimiento que encendió en su pecho la generosidad engañada por una confianza excesiva.

Sazón es ésta de decir algunas claridades, por más que choquen. Personas movidas á lástima de los enajenados, se ven muchas; dispuestas á sufrirlos y por ellos sacrificarse, pocas. Para el común de las gentes los orates tienen mal cerca y no buen lejos, y la locura una como potencia repulsiva. Las más están resabiadas de la vetusta preocupación, que aconsejaba huir de todos los locos indistintamente, como de malas alimañas. Nadie diría cuán frecuentemente la locura de un individuo afloja á la larga el nudo de cariño con que están atados á él sus deudos. Es una enfermedad de la que, repito otra vez, se avergüenzan casi todos los que la han padecido, y también los suyos, en tanto que ellos adolecen, y hasta después que se han curado. Al loco todo el mundo le da calle, escuchando la voz de nuestro adagio; porque aun ahora, á últimos del siglo XIX, no siendo de nadie ignorada la universalmente aplaudida reforma, española por su origen, del tratamiento de los orates, y cuánto ha mejorado con ella su condición moral y física; personas instruídas y de buen criterio creen, según queda dicho, que no los hay que hablen concertadamente, trabajen, lean, escriban, recen, se diviertan y muestren en varios actos más sensatez y orden que muchos cuerdos, sino que todos, cuál más, cuál menos, huelgán, desatinan, vociferan, blasfeman, insultan, riñen y maltratan.

Esta creencia, muy arraigada en tiempo de Carrasco, era más que suficiente para disuadirle de acometer, por temeraria, la empresa de habérselas con un loco, que, sobre serlo, iba armado con espada y lanza; pero, á pesar de todo, él se metió en ella con la facilidad que dan los años pocos, la audacia que la traviesa vida estu-

diantil infunde, y la abnegación sublime que la caridad inspira; sin considerar que, si bien Don Quijote, en sus momentos de lucidez, era de condición apacible y mansa, tenía á veces tan colérica y dañina en los de delirio, que, por sólo haberle tocado las armas que estaba velando, abrió de una lanzada la cabeza á dos arrieros; y, por querer libertar á unas damas, rompió de un mandoble los cascos al escudero que no pretendía sino ir con ellas su camino adelante. Aquel cantar del Bachiller en el bosque un soneto de rendido enamorado; aquel plañir el rigor de la supuesta descontentadiza amante; aquel enumerar, en el coloquio con el Hidalgo, los desemejables trabajos que le había encomendado su dama; señales inequívocas eran del buen humor y corazón alegre con que iba á ser en batalla con el Caballero, á quien no aqedaban valientes ni ponían miedo leones. ¡Malaventurado!, que, como dice el historiador, no halló nidos donde pensó hallar pájaros. Por culpa de su caballón, insensible á las espoladas, vino al suelo tan maltrecho, que dió señales de estar muerto, y á milagro pudo tener que no le matara Don Quijote. Las reflexiones que el fingido escudero Tomé Cecial le hizo luego, acertaron al blanco de la realidad, y arguyeron que veía mucho más allá de sus narices, con ser postizas y descomunales; pero también acabaron de realzar indirectamente el denuedo del Bachiller, que en tanto riesgo se puso para prestar al desdichado amigo el servicio que perentoriamente necesitaba. *Por cierto, señor Sansón Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las más veces se sale della. Don Quijote loco, nosotros cuerdos; él se va sano y riendo, vuesa merced queda molido y triste. Sepamos, pues, ahora cuál es más loco: ¿el que lo es por no poder menos, ó el que lo es por su voluntad?* En la pregunta se contiene virtualmente la respuesta: Tomé representa aquí el movedizo juicio humano, que al buen éxito

llama discreción y al infortunio locura; de donde tantos héroes de lance y tantos temerarios de casta como á las páginas de la Historia dan, ora resplandor, ora oscuridad de fantasmagoría. Los latinos no se andaban en averiguaciones, antes, entendiendo que la razón es de los que ganan, y que los perdidosos han de pagar con la cabeza ó la fama culpas ó desaciertos propios y ajenos, decían siempre con frialdad estoica: *¡vae victis!*

Para otra consideración da pie el mal paso del Bachiller; quien, al declararle Cecial su voluntad de irse á su casa, le respondió: *Eso os cumple; porque pensar que yo he de volver á la mía hasta haber molido á palos á Don Quijote, es pensar en lo excusado; y no me llevará ahora á buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza; que el dolor grande de mis costillas no me deja hacer más piadosos discursos.* Ni los hace nadie, en el primer pronto de la ira ó enojo al recibir injuria de hecho, ni siquiera de palabra, de un loco, á menos que una paciencia de seráfico y una caridad de mínimo refrenen sus ímpetus más naturales, y enardezcan su anhelo de aquel sufrimiento con que el cristiano se aplice, engrandece y santifica. ¡Cuántos ejemplos no he visto yo de estas virtudes! Todos debiéramos tenerlas y practicarlas los que á orates asistimos; porque es mucho más arduo que parece el contenerse en los límites de la mansedumbre, y no ver en el loco que abofetea ó baldona, un enfermo que delira, sino un sano que afrenta. De mí estoy cierto que sólo Dios me ha dado conformidad y fortaleza para sufrir al orate que me ha escupido al rostro. Quien así no lo confiesa, es que no dice lo que siente; quien no lo siente, es que agua y no sangre tiene en las venas; quien no ha recibido ultraje de algún loco, es que nunca los ha cuidado; quien no sabe sufrirlo, es que no sirve para el oficio. Por fortuna, la voz del deber llama instantáneamente á la reflexión y á la calma; y entre la ofensa

y el olvido no media el tiempo que gasta el minuterero en dar una vuelta á su círculo.

Bastante más le duró el enojo á Sansón, porque después que llegó al pueblo donde tuvo la ventura de hallar un algebrista que le curara, todavía continuó imaginando su venganza. Ésta, sin embargo, no cabía en un pecho tan noble, y menos llenándolo el deseo, que nunca le faltó, de sacar de las malandanzas al mísero enajenado.

Así lo acredita toda la historia del hecho, y lo declaró el mismo Bachiller en la explicación lacónica y modesta, pero preciosa y digna de recuerdo, con que satisfizo la curiosidad de don Antonio Moreno, que, después del suceso de la playa, le siguió á la ciudad para conocerle y preguntarle. En su relato se ve cuánto sobresalió Carrasco en el empeño de sacar al Hidalgo de su miseria: *Soy del mismo lugar de Don Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve á que le tengamos lástima todos cuantos le conocemos, y entre de los que más se la han tenido, uno he sido yo.* Muestra cómo se tuvo muy en cuidado el reducir á obediencia al Andante con el exquisito miramiento que el afecto del mejor amigo y la infelicidad del enfermo demandaban; es decir, con la decisión y pulso, mezcla de energía y delicadeza, conforme al clásico precepto *suaviter in modo, fortiter in re*, con que procedió en la parte principal y más peligrosa del plan terapéutico; pues refiere que le desafió *con intención de pelear con él y vencerle, sin hacerle daño.* Al contar su pasada derrota, señala, aunque sin jactancia, hasta dónde llegó su sacrificio, medida fiel de su cariño: *porque él me venció á mí y me derribó del caballo, y así, no tuvo efecto mi pensamiento; él prosiguió su camino, y yo me volví vencido, corrido y molido de la caída, que fué además peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle y á vencerle, como hoy se ha visto.* Y, porque está en todo, termina haciendo una prevención muy esencial, sin la

que podría desbaratarse el proyecto tan á buen punto traído ya, y, por consecuencia, no habría forma de cumplir las ulteriores indicaciones del tratamiento: *suplícocos no me descubráis, ni le digáis á Don Quijote quién soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos míos, y vuelva á cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dejen las sandeces de la caballería.*

Ahora bien, no podía menos de ser que el Caballero de la Blanca Luna desmintiese con su magnanimidad la ojeriza del de los Espejos. En el desafío con Don Quijote, dió con él y su jamelgo por el suelo, sin tocar con la lanza al enemigo por amigo, antes levantándola, al parecer, de propósito.

Aun dejado aparte el quejido como de agonizante del Caballero, nada más estético que la catástrofe de este poema. El Bachiller rinde á su voluntad al loco con la menor violencia posible, con la absolutamente precisa, sin derramar una gota de su sangre, conteniendo la mano, y llevando por delante el respeto al desventurado hasta donde lo permite el procedimiento de represión que el caso por fatal necesidad exige. Don Quijote cae en una de las nobles justas en que con él vencimiento se puede perder la vida, mas no la honra, ni el prez y renombre que por sólo entrar en la acción se ganan. No le derriba falta de valor ni de destreza en el manejo de las armas, sino el paso perezoso de su rocín, que llega al tercio de la carrera cuando lleva andados ya dos el ligero caballo del contrario. A un tiempo miden el suelo Don Quijote y Rocinante; que mal hubiera parecido sobre los pies el caballo, y junto á él rendido el Caballero; cuya desgracia no podía menos de alcanzar al fiel amigo y constante compañero de sus empresas. La caída simultánea de entrambos es la pincelada más artística de la pintura que representa la derrota de la caballería andante; la extinción de aquella locura epidémica que la pareja indisoluble del Caballero y del caballo simboliza.

CAPÍTULO XXI.

REPAROS.

Entiendo que, después de lo dicho, á nadie quedará duda de que abunda el *Don Quijote* en primores del orden médico-psicológico, algunos, á la verdad, muy notables; si bien no me lisonjeo de haber descubierto todos los que contiene, antes temo que á mis investigaciones habrán escapado muchos. Sin embargo, como ya no fuera obra humana si hubiese alcanzado la perfección absoluta, ni Cervantes era hombre de ciencia sino de arte, paréceme que pueden oponérsele ciertos reparos, no tocantes á su pensamiento sino á tal cual pormenor de su ejecución, ni tampoco en el concepto literario sino exclusivamente en el científico, y menos todavía en lo especulativo que en lo práctico.

Lejos de mí la petulancia de discípulo necio y vanidoso que presume de haber cogido en renuncio á su maestro, pues nadie oye con más atención y fe que yo las lecciones de Cervantes en lo que por maestro le tengo, mas nó en una disciplina que ni él había estudiado, ni quizás abierto libro alguno que la enseñara. Puesto en mi caso, alguien preferiría tal vez pasar por alto las observaciones que voy á hacer, porque son pocas y no empañan el mérito de la novela; pero yo no opino así, pues, sobre que la importancia ó el interés de las cosas no se gradúa por su número ó magnitud, creo que tampoco se menoscaba el valor de una obra poniéndole, á conciencia, alguna atildadura; y pienso, además, que también se aumenta su estimación por otra vía que la no siempre recta y á menudo sospechosa, cuando menos, de la alabanza omnímoda y absoluta.